

—Sí, hija mía; poco tiempo despues, unidos con los tlaxcaltecas, ocuparon la capital, tras de un prolongado y sangriento sitio, que fué heroicamente sostenido por el jóven y valiente Cuauhtemotzin, último emperador azteca. Llenos de alegría Cortés y sus soldados celebraron su victoria y destruyeron los templos, los dioses y los palacios de la ciudad antigua; sobre los destrozados ídolos colocaron la cruz, y elevaron en el mismo sitio nuestra magnífica ciudad, hoy capital de la República.

—Papá, papá; aquí viene papá, exclamó Luis, saltando gozoso y corriendo á encontrar á D. Juan.

—Otra vez, hijos míos, dijo Doña Luisa, levantándose, os seguiré dando una ligera idea de nuestra historia.

Los tres niños fueron á abrazar á su padre, cariñosamente.

## CAPITULO II.

**Preparativos de viaje.**—Continúa la historia de México.

—Sueño agitado.

—Voy á darte una noticia muy agradable, dijo D. Juan á Carlos.

—¿Vas á llevarnos á Tacubaya, papá? preguntó Luis alborozado.

—No, hijo mio, le contestó D. Juan, sonriendo y besándole apasionadamente; la noticia á que me refiero solo á Carlos le puede interesar.

—¿Qué es, papá? le preguntó Adelina, ciñéndole el cuello con sus pequeños brazos.

—Curiosa, como mujer! exclamó D. Juan.

Adelina se ruborizó y ocultó su hermoso rostro entre las manos.



—Pondremos término á la curiosidad de estos niños, dijo D. Juan; se me ha presentado un negocio muy importante, y mañana emprenderemos ese viaje á Querétaro, de que tanto hemos hablado.

—¿Mañana? ¡Qué gusto! exclamó Luis, agitando sus manecitas y corriendo lleno de alegría.

—Ven acá, loquillo, dijo D. Juan acariciándole; calma tu entusiasmo, porque en ese viaje solo Carlos me acompañará.

—¿No voy yo, papá? preguntó Adelina, tímida-mente.

—¿Qué, no me llevas á mí? dijo Luis.

—No, hijos míos, no es posible; vosotros os quedareis acompañando á vuestra madre.

Adelina suspiró con tristeza, pero no hizo objecion alguna; Luis, más fogoso comenzó á gritar:

—Yo quiero ir, papá, yo quiero ir.

—Vé á preparar tus cosas, dijo D. Juan á Carlos, porque deseo que salgamos á las cinco de la mañana.

Carlos obedeció en el acto, y abandonó el salon de estudio, radiante de felicidad.

Al verle salir, Doña Luisa volvió el semblante al lado opuesto y enjugó una lágrima.

—Si te digo una cosa que he aprendido, me lle-

vas á Querétaro, papá? le dijo Luis á D. Juan haciéndole caricias.

—Estás hoy muy zalamero, chiquitin; vamos á ver ¿cuál es esa cosa tan admirable?

—La historia de México que mamá nos ha contado. Ya sé que aquí habia una ciudad muy grande, donde vivian muchos indios, y que entró Cortés y la destruyó para formar otra más bonita.

—Es cierto, dijo D. Juan, sonriendo; ese memorable acontecimiento acaeció el martes 13 de Agosto del año de 1521, dia de San Hipólito.

—¿Y qué sucedió despues? preguntó Adelina.

—Desde entónces, dijo D. Juan, nuestro privilegiado y extenso país, pasó á aumentar los dominios de la poderosa monarquía española. El imperio azteca quedó para siempre destruido, y México fué gobernado durante tres siglos por vireyes y gobernadores, delegados de los reyes de Castilla.

—¿Y qué, los vireyes eran muy malos? preguntó la curiosa niña.

—Algunos de ellos adquirieron una triste celebridad por sus errores; otros, como Mendoza, que fué el primero, y como Revillagigedo que estuvo aquí en los últimos años del siglo pasado, dejaron gratos recuerdos de su inteligencia como gover-



nantes, de su probidad, de su rectitud y de su justificación.

—¿Y por qué se acabaron los vireyes? preguntó Luis.

—El pueblo mexicano, hijo mío, conociendo al fin sus derechos, y no queriendo sufrir por más tiempo el yugo de una nación extraña, proclamó su independencia el 15 de Setiembre de 1810.

—¿Y qué es la independencia, papá?

—Para los pueblos, la independencia consiste en gobernarse por sí mismos, sin estar sujetos á la voluntad ó al capricho ageno. Para conquistar el inestimable bien de la libertad, México luchó heroicamente durante once años, adquiriendo al fin la victoria, á costa de torrentes de sangre y de inmensos sacrificios. Entre los caudillos más ilustres de esta gloriosa guerra, debéis recordar siempre, hijos míos, con gratitud, á Hidalgo, venerable sacerdote que fué el primero que dió la voz de libertad, en el humilde pueblo de Dolores, la noche del 15 de Setiembre de 1810.

—Sí, dijo Adelina, yo le quiero mucho; he visto su retrato y me parece muy simpático.

—El ejército independiente al mando del liber-

tador Iturbide, entró á la capital el 27 de Setiembre de 1821.

—Qué bonito estaria entónces México papá, exclamó Luis.

—Yo no lo ví en esa época, dijo D. Juan; pero mi padre me ha contado que por todas las calles por donde pasaba el Libertador Iturbide le arrojaban aromas, flores y coronas; que el son de las músicas se mezclaba á los gritos de alegría; que el entusiasmo popular no tenia límites y que en todos los semblantes se pintaba el gozo de la victoria y de la esperanza. Desgraciadamente el tiempo vino á darnos el más doloroso de los desengaños; Iturbide, cegado por la ambicion, se hizo proclamar emperador; poco tiempo despues tuvo que abdicar la corona para evitar la prolongacion de los horrores de la guerra civil; fué desterrado á Europa, y al volver al país pereció en un cadalso, en el pueblo de Padilla, del Estado de Tamaulipas.

—¡Pobre de Iturbide! dijo Adelina, dando á su voz esa expresion de infinita ternura que solo brota del corazon de la mujer.

—Digno fué de piedad por sus faltas graves y su trágico fin, dijo D. Juan; pero siempre es acreedor á nuestra gratitud.



—Y despues de Iturbide, ¿quién fué el emperador? preguntó Luis.

—Habiendo sustituido á la mónarquía la república, contestó D. Juan, el primer presidente fué el general D. Guadalupe Victoria, uno de los más ilustres caudillos de la independencía.

—Pues, ¿qué es monarquía, papá?

—Es el gobierno de una nacion ejercido por un solo hombre, á quien se dá el título de rey ó de emperador.

—Dame una idea de lo que es la República, papá, dijo Adelina.

—La República es la más bella de las instituciones, contestó D. Juan, la que está más en armonía con las necesidades sociales y con la dignidad humana; en ella el poder no puede depositarse en un solo hombre, sino que es ejercido por el pueblo legítimamente representado.

—¡Qué gusto que aquí tenemos la República! exclamó Adelina.

—¿Y hay muchas monarquías, papá? preguntó Luis.

—La mayor parte de las naciones de Europa están constituidas bajo el sistema monárquico; en

América, afortunadamente, la única nacion regida por estas instituciones es el Brasil.

—¡Qué felices y qué bonitas han de ser las repúblicas, exclamó Adelina!

—Nuestra vecina, la grande y poderosa república de los Estados-Unidos, está demostrando al mundo, desde hace muchos años, la excelencia y la grandeza de las instituciones democráticas. Si México no ha sido venturoso, si no se ha elevado todavía á la altura en que por sus innumerables elementos debe figurar, culpa no es ciertamente del sistema que nos rige, sino de otras mil desgraciadas circunstancias.

—Siempre que hablas de esto te pones triste, papá, le dijo la dulce niña, acariciándole.

—Sí, hija mía, mi corazon se llena de amargura al recordar los infortunios de nuestra patria.

Poco tiempo despues de consumada la independencía, estalló la guerra civil, con todos sus horrores, la guerra de hermanos, que es la más funesta de las guerras. Desde entónces el espanto reina en las ciudades y en los pueblos, la inseguridad se ha enseñoreado de nuestros caminos, el comercio languidece, la industria muere ahogada en su cuna y muchos de nuestros campos, yermos y abando-



nados, ostentan, en vez de flores y de espigas, en vez de los benditos frutos del trabajo, las blancas osamentas de los mexicanos muertos en las batallas.

—Pues, ¿por qué ha habido tantas guerras? preguntó Adelina.

—La ambición, hija mia, y las pasiones de los partidos, encendieron entre nosotros la tea de la discordia, desde el año de 1821. Los motines y los pronunciamientos se sucedieron unos á otros, casi sin interrupcion; estuvimos cambiando constantemente del sistema federativo al central y de éste á aquel, perdiendo el tiempo en inútiles ensayos y dando pávulo á la anarquía y á la desmoralizacion. Pocos fueron los presidentes que terminaron su período constitucional, y á consecuencia de nuestros desaciertos, otras naciones demasiado severas, olvidando sus extravíos, nos echaron en cara los nuestros, señalándonos al mundo como un pueblo ingobernable, digno de la universal conmiseracion. Y como si no hubieran sido bastantes tantas desventuras, los Estados-Unidos nos declararon la guerra, y fué invadida nuestra República por las tropas norte-americanas, en los años de 1846 y 1847. Despues de varias batallas de éxito diverso, en que el valor mexicano se mostró siempre

grande y digno, particularmente en la accion de la Angostura en el Norte, y en las del Molino del Rey, Churubusco y Chapultepec en el valle de México, los americanos ocuparon la capital, y el pabellon de las estrellas ondeó sobre el palacio nacional.

—¿Y quién hizo salir de México á los americanos?

Habiéndose celebrado, algunos dias despues, el tratado de paz, llamado de Guadalupe Hidalgo, por el cual perdimos más de la mitad de nuestro territorio, las tropas americanas se retiraron, y nosotros, no escarmentados todavía, volvimos otra vez á nuestros desaciertos.

—¿Y posteriormente, no ha habido guerras, papá? preguntó Adelina.

—Sí, hija mia: en 1853, siendo dictador D. Antonio López de Santa-Anna, se levantó contra él, en las montañas del Sur, el patriota Alvarez, proclamando el plan de Ayutla, é iniciando la guerra de Libertad y de Reforma.

Vencido Santa-Anna, huyó al extranjero en 1855, y dos años despues se publicó solemnemente la Constitucion general del país.

Desgraciadamente la paz no duró mucho tiem-



po; el partido reaccionario se apoderó una vez más del poder, aprovechándose de la debilidad del presidente Comonfort, que mal aconsejado, dió el funesto golpe de Estado de 1857, y el clamor pavoroso de la guerra volvió á dejarse oír en el territorio de la República. Entonces, D. Benito Juárez, presidente interino, defendió con heroica constancia la Constitución y la Reforma. Esta sangrienta lucha duró tres años. Triunfante al fin el partido progresista, fué electo Juárez presidente constitucional.

—¿Y cuándo vinieron los franceses, papá? preguntó la niña.

—Déjame continuar mi relación y procura no interrumpirme, le dijo D. Juan cariñosamente: con pretexto de la suspensión de pagos, decretada por el Congreso mexicano, se firmó la famosa convención de Londres, entre Francia, Inglaterra y España, para intervenir en los asuntos de nuestro país. En Diciembre de 1861, desembarcaron en Veracruz los españoles, y pocos días después llegaron los franceses y los ingleses. Reunidos los plenipotenciarios de las tres naciones, firmaron con el ministro mexicano Doblado, los preliminares de un tratado de paz, en virtud de los cuales se suspen-

dieron las hostilidades. Las tropas de España é Inglaterra se retiraron, y solo los soldados de Napoleón III avanzaron hacia México, violando vergonzosamente la fé de los tratados. Fácil y seguro creían el triunfo; pero al llegar á los muros de Puebla, se vieron obligados á retroceder ante el valor del pueblo mexicano, y ante la fé inquebrantable del ilustre y modesto general D. Ignacio Zaragoza. Ya sabeis, hijos míos, cuán espléndida fué la victoria obtenida por las armas nacionales, el 5 de Mayo de 1862.

Al año siguiente, habiendo sido reforzadas considerablemente las tropas francesas, Puebla sucumbió, después de un prolongado sitio, y el ejército invasor ocupó la capital. El presidente Juárez, sereno siempre, se retiró al Paso del Norte, sosteniendo con firmeza heroica el pabellón de la República.

Los franceses improvisaron una farsa de gobierno, hicieron proclamar el imperio, y llamaron á ocupar el trono al desgraciado príncipe Maximiliano, archiduque de Austria. Pero esta exótica monarquía, no duró mucho tiempo. En 1867 los franceses abandonaron el país, y el imperio se hundió para siempre entre ensangrentados es-



combros en Querétaro. Juzgado por un consejo de guerra y condenado á muerte, Maximiliano fué ejecutado en el cerro de las Campanas, el 19 de Junio de 1867.

—Me causa compasion la triste suerte de Maximiliano, exclamó Adelina.

—Tienes razon, hija mia, le dijo Doña Luisa.

—Digno es ciertamente de piedad, repuso D. Juan; pero tal es el destino de los que se atreven á atentar contra la independenciam de los pueblos.

—¿Y qué sucedió despues, papá?

—En 1867, Juarez volvió á la capital de la República (1).

¡Dios quiera, hija mia, que las dolorosas lecciones de nuestra historia nos enseñen el camino de la dicha! ¡Dios quiera que nuestra prudencia y nuestro buen juicio, nos eviten llegar á ser un dia víctimas de la insaciable ambicion de nuestros vecinos!

(1) Desde que por primera vez se publicó esta obra, han ocurrido algunos acontecimientos que debemos señalar en esta segunda edicion. Habiendo fallecido en 1872 el presidente Juarez, se encargó del poder el Sr. Lerdo de Tejada, el cual, algunos meses despues, fué electo presidente constitucional. En 1876 triunfó el plan de Tuxtepec, y por este motivo, el año siguiente tomó posesion de la primera magistratura el General Porfirio Diaz. En la actualidad es presidente de la República el General Manuel Gonzalez.

—Luis no ha oido ni una sola palabra de cuanto has dicho, exclamó Adelina.

—No es verdad, papá, se apresuró á decir el niño, tratando de ocultar con su cuerpo un estravagante croquis de batalla que habia estado dibujando sobre el desventurado mapa.

—Vamos á ver, dijo D. Juan; dime, ¿qué es lo que has entendido?

—Todo, papá.

—Pues bien, refiéreme alguno de los acontecimientos de que he hecho mencion. ¿Qué hicieron en México los franceses?

—¿Cómo, qué? fusilaron á Maximiliano.

—No digas despropósitos, exclamó la madre, riendo.

—Casi tiene razon, dijo D. Juan: ellos fueron la causa de su muerte, por haberle arrojado en una empresa aventurada y loca, abandonándole despues, en su desesperada situacion.

—Voy á estudiar con mucho empeño la historia, papá, dijo Adelina, y cuando vuelvas de Querétaro te voy á sorprender con mis progresos.

—Bueno, hija mia; esos importantes conocimientos, por ligeros que sean, sirven siempre como introduccion al estudio de la geografía.



—¿Qué es geografía? papá, preguntó Luis.

—La geografía es la ciencia que se ocupa de la descripción de la tierra, dijo Adelina rápidamente, muy contenta por haber hallado una oportunidad de lucir sus conocimientos. Se divide en tres partes: cosmografía, geografía física y geografía política y descriptiva...

—Esplicame eso, papá, dijo Luis interrumpiéndole.

—La tierra, hijo mio, es una grande esfera que gira en el espacio al rededor del sol. El estudio de las leyes en virtud de las cuales se mueve y sus relaciones con los demás astros constituyen la cosmografía.

—No entiendo bien papá; ¿qué es esfera?

—Una naranja es semejante á una esfera, contestó D. Juan; figúrate que la tierra es una naranja muy grande.

—Es decir, una bola, dijo Luis.

—Perfectamente.

—¿Y qué es geografía física?

—Es una parte de la geografía que tiene por objeto el estudio de la forma y dimensiones del globo, el aspecto de su superficie y sus divisiones naturales.

—Esto lo entiendo menos, papá.

—Tienes razon: procuraré explicarme con mayor claridad. La geografía física se ocupa del aspecto y configuración de la tierra, de las sustancias que la componen, del aire que la rodea y constituye la atmósfera; del agua que la cubre en parte, de los vegetales que crecen en su superficie, es decir, de las hierbas, de las flores, de los árboles, etc.; y de los seres que en ella viven.

—¿Y la geografía política?

—Considera la tierra como morada del hombre; describe los países, con sus montañas, sus valles, sus caminos, sus rios, sus lagos, sus ciudades, sus pueblos, etc., etc.; dá noticia de los gobiernos, de las religiones y de las costumbres.

—Esa parte de la geografía es la que mas me ha de gustar, dijo Luis.

—Mira, mamá, qué de cosas trae Carlos, exclamó Adelina, señalando á su hermano que se aproximaba.

—Aquí tenemos ya al futuro viajero, dijo D. Juan. Doña Luisa quiso contestar, pero al ver á Carlos sintió que la voz se le anudaba en la garganta. Tenia razon la amorosa madre; era la primera vez que iba á separarse de su adorado hijo.



Entre tanto, Luis, inquieto y curioso, había salido á encontrar á Carlos.

Adelina guardó su bordado suspirando. La pobre niña anhelaba acompañar á su hermano en sus excursiones, pero no se atrevia á manifestar otra vez sus deseos.

Carlos entró al fin á la sala de estudio, con una multitud de objetos diversos, que se complacia en mostrar á sus padres.

—Compré este sombrero fieltro, dijo; ¿estará bueno para el camino, papá? ¿Qué te parece?

D. Juan no pudo contestar mas que con una carcajada, porque Luis, despues de haberse puesto los guantes de casimir, se caló el sombrero fieltro hasta las narices, haciendo la figura mas grotesca que imaginarse puede.

—¿Cuándo tendrás tú algun juicio? dijo Doña Luisa bondadosamente.

—¿Qué es esto, mamá? preguntó el niño?

—Papá, mira á Luis, exclamó Carlos; me va á romper el frasco que me regaló mi tío para llevar agua en el camino.

Luis abandonó el frasco precipitadamente, y comenzó á ponerse las botas de hule.

—Qué bonito neceser, dijo Adelina,

—Tambien me lo acaba de regalar mi tío, contestó Carlos: tiene vaso, tenedor, cuchillo, cuchara y salero.

Luis, pudiendo apenas andar con sus botas de hule, se aproximó á examinar el neceser.

—Niño, niño, exclamó doña Luisa; mira que te vas á hacer daño con el cuchillo.

D. Juan le dirigió una mirada severa, y el niño corrió á refugiarse entre los brazos de su madre, que le estrechó cariñosamente.

—Mamá, dijo Carlos, aquí está mi ropa para que me la pongas en el cofre de papá; no se te olviden el cepillo y los peines; voy á traer la bufanda y la capa.

—Segun los preparativos, dijo D. Juan, saliendo del salon de estudio, parece que vas á hacer el viaje al polo Norte.

—Dí que traigan el cofre, le dijo Doña Luisa á Carlos, muy conmovida.

Carlos obedeció.

—¿Qué se vá Carlos al Norte, mamá? ¿Qué es el Norte? exclamó Luis.

—Es uno de los cuatro puntos cardinales que los geógrafos han imaginado para determinar la situacion relativa, de los diversos puntos de la tierra. Carlos no vá al Norte.



—No he comprendido bien.

—Voy á explicártelo, dijo Doña Luisa: pinta una cruz en un papel.

—Aquí está ya, dijo el niño.

—¿Por qué punto sale el sol?

—Por allí, mamá.

—Bien; pon la parte superior de la cruz, en la direccion del punto por donde el sol sale.

Luis obedeció.

—A ese rumbo, le llaman el Oriente ó Este, añadió Doña Luisa, al opuesto que señala el pié de la Cruz, que es el punto por donde el sol se oculta, se le designa con el nombre de Poniente ú Oeste ó al rumbo que señala el brazo de la izquierda se le llama Norte ó Septentrion y al del brazo de la derecha Sur ó Mediodia.



—¿Y cómo esos puntos cardinales sirven para determinar la situacion relativa de algun lugar? preguntó Luis.

—De una manera muy sencilla, le contestó la madre: supongamos que la cruz que has dibujado se extendiera, no en el papel, sino en el territorio de la república.

—Sí mamá, ya me lo figuro.

—Pues bien, si una poblacion estuviera entre el pié de la cruz y el brazo de la derecha, diriamos que ese lugar estaba situado entre el Sur y el Oeste.

—Ya he comprendido muy bien, exclamó Luis, lleno de alegría.

—Otra vez te explicaré cuales son los puntos ó vientos intermedios, y te enseñaré la figura que los representa y que se llama ROSA DE LOS VIENTOS.

—En ese momento entró Cárlos, seguido de un criado, que conducia un pequeño cofre. Doña Luisa, conteniendo sus lágrimas, comenzó á empacar la ropa y los demás objetos.

—Mira, le dijo á Cárlos: envuelto en este papel color de rosa, vá el peine; acá coloco los cepillos; de este lado están tus libros y encima las camisas y los pañuelos para que los puedas hallar con facilidad cuando los busques.



—¿Qué, no pones mi ropa, mamá? preguntó Luis.

—No, hijo mio, contestó Doña Luisa.

—¿Deveras no voy?

—Doña Luisa nada contestó.

—Yo quiero ir, yo quiero ir, repitió gritando desaforadamente ¿Por qué Carlos ha de viajar y yo no?

—Tienes razon sobrada, contestó la madre, sonriendo; pero esto lo debes arreglar con tu papá.

—Voy á verle, exclamó el inquieto niño, saliendo precipitadamente.

—Aquí están las llaves del cofre, le dijo Doña Luisa á Carlos; guárdalas con cuidado, no las vayas á perder.

—No mamá.

—Y te recomiendo que me escribas de todos los puntos á donde llegues, ó que me pongas un telegrama.

—Así lo haré, contestó Carlos.

Un criado anunció que la cena estaba servida, y la familia pasó al comedor.

Carlos, inquieto y agitado, sintiendo esa ansiedad tan natural en la víspera de un viaje, no tuvo apetito; Adelina suspiraba con frecuencia y comió poco; sólo Luis le hizo á la cena los honores acos-

tumbrados, y su ruidosa alegría contrastaba con el aspecto sombrío y triste del resto de la familia.

Terminada la cena, los tres niños, despues de haber abrazado á sus padres y recibido su bendicion, se dirigieron á su aposento.

Al principio de la noche, Carlos se agitaba en su cama, en molesto insomnio, sintiendo un vago é inexplicable temor, y pensando á pesar suyo en grandes y desconocidos peligros; Luis por el contrario, fatigado de su continuo movimiento, se durmió al instante, con un dulce y tranquilo sueño. Doña Luisa, en la recámara inmediata, arrodillada cerca de una imágen de la Virgen, rezaba en silencio y lloraba.

A las dos de la mañana Luis despertó lleno de sobresalto: soñó que D. Juan y Carlos habian partido sin él, y tomó su sueño por una realidad. Como el resplandor de la luna penetraba por algunas de las hendiduras de la puerta, creyó que amanecía y se levantó precipitadamente.

Al ruido acudió la cariñosa madre; le convenció de su error y le consoló con sus caricias, ofreciéndole que formaria parte de la expedicion. Tranquilo con esta promesa el niño, á los pocos instantes volvió á dormirse profundamente.